

regalado el director de un periódico en donde había escrito. Aquel tintero representaba las principales heroínas de las novelas de Mery. Le tenía afecto como se tiene a una recompensa bien merecida, y, por tanto, lo había puesto en prenda para pagar una deuda del juego. Sucedió que el prestamista no quiso volver la prenda, y Mery tuvo que pleitear por su tintero, como en otro tiempo pleiteó por su casa Ciceron, *pro domo sua*.

En la defensa que hizo ante el tribunal, y donde ganó el pleito:

—¡Ah, señores! decía, felicitadme por ser un jugador, que si no me hubiese gustado el juego, toda mi vida hubiese sido un perezoso. Pues bien, el juego me ha despertado; el juego era mi décima musa.

El poeta Mery, cuando se defendía, proponía una paradoja. La verdadera inspiración viene al escritor de una vida feliz y bien ordenada. No hay mas que admirar y contemplar, sin ir muy lejos, los grandes poetas franceses. Veamos su vida: viven dulce y apaciblemente.

Despreaux, pasa en su jardín de Auteville, bajo la sombra de sus viejas arboledas, los mejores momentos de su vida. Oigamos á la Fontaine, y nos dirá, que el sueño despierto hacia todas sus delicias. Fontaine se complacía en pasear á caballo. Jnan Racine, olvidándose de *Fedra* y de *Mitridates*, jugaba á la procesión con sus hijos, y un día que el príncipe de Conti le había convidado á comer:

—Monseñor, le decía, he traído de Versalles una gran trucha que me debía comer con mi mujer y mis hijos. Convideme otro día Vuestra Alteza.

El juego no es una buena disculpa; es preciso conservar su tintero, cuando se tiene el honor de ser un escritor; su arado si uno es un labrador; su espada si uno es un soldado. Ora seamos paisanos ó militares, guardemos nuestras armas y nuestras herramientas. ¡Mery sabía esto muy bien, cuando reclamaba su tintero con tanta insistencia!

Mery ha muerto, sin haber recobrado este buen compañero, y su última acción fué justamente escribir un *bono* ó *recibo*, dirigido al detentador de su tintero.

Tal cual es, este admirable y elocuentísimo escritor, dejará imperecederas huellas y recuerdos en Francia. El general La Fayette decía pocos momentos antes de espirar en su cama á los amigos que le rodeaban:

—¡No me compadezcáis, no lloréis! ¡He tenido mi día! Un día para uno en tantos miles de años, es una ilustre recompensa para un simple mortal.

Damos el retrato del ilustre escritor y del eminente poeta, una de las glorias literarias del siglo XIX

C. F.

AMOR Y DESVENTURA

O EL PINTOR DEL GRAN DUQUE DE ALBA.

(Conclusion.)

V.

Después de haber andado silenciosamente precedidos del negro, que llevaba la caja de colores, algunos minutos por las desiertas calles de Amberes, llegaron el duque de Alba y el pintor al palacio del gobierno.

SEGUNDA SERIE.—1866.

Subió el primero el duque los escalones del vestíbulo, y le recibieron cuatro esbirros vestidos de negro. Les dió algunas órdenes, y después cogió de la mano al pintor y le introdujo en los aposentos.

Estaban estos alfombrados, de modo que no se oía el ruido de los pasos, y tan débilmente alumbrados, que sin la bujía de un portero que iba delante de ellos, hubieran corrido el riesgo de tropezar en alguno de los preciosos muebles que los adornaban.

Llegaron á una puerta cuidadosamente cerrada, empero por las rendijas de la que se escapaban varios rayos de luz. Llamó el duque con la mano y al momento se abrió la puerta, y el pintor se halló en una estancia perfectamente iluminada y delante de cinco mujeres, ó mas bien delante de cinco soles negros, porque cada una de ellas tenía su velo echado á la cara á manera de máscara.

Era sin duda aquella estancia la sala del *Consejo de Sangre* porque estaban sus paredes entapizadas de negro y adornado su frente con los retratos de cuerpo entero del rey Felipe II y del duque de Alba, separados los dos únicamente por una espada que representaba la espada de la ley.

Asombrado grandemente se hallaba el pintor, y no sabía que pensar de cuanto estaba viendo, cuando tocando á una campanilla el duque hizo que su portero trajese una silla y un caballete.

—Moro, le dijo al pintor, aquí ves cinco mujeres que mañana al amanecer serán decapitadas en la plaza Mayor de Amberes. Se las ha cogido á todas ellas en el Beaterio de San José, y su correspondencia secreta con los partidarios del príncipe de Orange se halla entre mis manos. Son señoras muy principales y algunas de ellas pertenecen á las familias mas influyentes de la ciudad y de su partido. Quiero que mueran con los honores debidos á su alta gerarquía. Así, te encargo que me saques sus retratos para enviárselos al rey Felipe II. Con qué manos á la obra, y despacha pronto, pues que necesitarán su tiempo para ponerse bien con Dios.

Esas sangrientas palabras sumergieron al pintor en una especie de letargo.

Mientras así hablaba el duque, ni un grito, ni un lamento, ni un suspiro se había escapado de debajo de aquellos cinco velos negros. Aquellas mártires insultaban con su silencio la cobardía de su verdugo.

Brillaba con feroz alegría la frente del duque de Alba. Como para escitarse á sí mismo, afectaba volver á leer las diversas cartas que tenía en las manos, y echaba sobre cada una de aquellas mujeres una mirada de odio y de venganza.

En la manera con que miró al pintor comprendió muy bien éste que sería inútil toda súplica, toda clase de resistencia.

Con mano trémula cogió sus pinceles y encomendándose á Dios, cuya santa imagen se veía clavada en la cruz sobre la mesa, cual si el duque hubiera querido hacerle testigo de sus crueldades, llegóse al caballete y se preparó á emborronar el lienzo. El duque con mano atrevida alzó el velo de la primera de aquellas mujeres, y exhalando un rugido comparable al de un tigre, señaló él mismo al pintor su modelo.....

Hallábase el pintor en aquel momento bajo la garra de un espantoso demonio. Trazaba sobre el lienzo las facciones de aquella mujer, casi como un hombre puede firmar un escrito obligado por un asesino con una pistola al pecho.

AÑO XXIV. 33.

A cada mártir que pintaba, el duque decía al pintor su nombre y le obligaba á escribirlo debajo del retrato.

No sabemos cuanto tiempo tardaría el pintor, el que por mas que se daba prisa, padecía cual si él fuese el mismo verdugo. Al pintar veía sobre aquellas cuellos tan hermosos y tan pálidos una linea de sangre. El estupor ó la resignación que parecia haber cerrado para siempre la boca de aquellas pobres y lindas criaturas hacia de ellas otras tantas estatuas de mármol.

Aplaudía el mismo duque el trabajo de su inteligente pintor, y mostraba con marcada complacencia los retratos á su digno secretario y amigo Vargas.

Iba á concluir aquel horrible suplicio para el pintor. Ya no le quedaba mas que un solo retrato por hacer, cuando el duque dirigiéndole la palabra despues de haber levantado el velo de aquella mujer, como habia hecho con las otras, le dijo:

—Esta es la mas hermosa, Moro, y se ha negado á decir su nombre, lo dejaremos en blanco. No tengo cartas de ella; pero habitaba en el mismo convento, y ha osado insultarme con los nombres mas odiosos defendiendo á sus compañeras. Mirala, es la perla de esta corona de sangre. Menester es que me la engarces en ella como las otras.

Aterrado el pintor dejó caer de las manos el pincel, el que se apresuró á recoger del suelo el gran duque de Alba y entregándoselo dijo:

—Y bien, ¿qué tienes que te se escapa de la mano tu pincel? Carlos V recogió el suyo al Ticiano; bien puedo á mi vez recoger el tuyo, pero ten buen cuidado en trabajar pronto y concluir, si no quieres tener la misma suerte que esta mujer.

El pintor no escuchaba al duque; se habia levantado de su asiento y consideraba de cerca aquella última víctima. Cogióla las manos como para asegurarse de que no era una vana ilusión; era ella misma; su muerta: era Olivia Campana.

Olivia Campana, ó mas bien la pálida condesa de Aremburg, fijaba sobre el pintor sus rasgados y azules ojos suplicantes, y el pintor tomó sin reflexionar sus manos y las cubrió de besos. Recibía sus caricias medio desfallecida sobre su silla; porque de todas aquellas mujeres, era la mas jóven y la que mas sentia perder la vida.

—Tú conoces á esta mujer, dijo el duque; en ese caso vas á decirme su nombre; vas á decírmelo, y piensa que no me gusta aguardar.

—Esta mujer es la mia, repuso el pintor con un fingido movimiento de furor que impuso al duque de Alba; esta mujer yo la habia perdido; es mi mujer, y no la matará V. E., y no tengo necesidad de hacer su retrato, porque su retrato está en mi casa..... mandad á mi negro que vaya á buscarle, yo voy á decirle en donde está, en donde lo oculto.... porque esta mujer, súpalo V. E., es mi vida, es mi tesoro. Yo no sabia que estuviese de vuelta y que hubiese buscado un refugio en un convento; perdóneme V. E. si le ha insultado con palabras temerarias. El temor de una muerte tan terrible como la del suplicio, habrá podido solo perturbar su razon; perdónela, pues, vucencia.

—¡Devolverte esa mujer! contestó el duque; no, Moro; esta es una comedia, una farsa tuya. ¡Ah! te tiembla la mano, mi pintor; porque es la mas hermosa de todas; la mano te tiembla porque tal vez tú la amas. Poco nos importa á nosotros: debe morir, ó si tú quieres salvarla, continuó, clavando sobre el pintor su clara mirada de sangre, dime su nombre. Sin duda es la mujer mas noble de Brabante; necesito saber ese nombre ó la mato.

—Señor, contestó el pintor; concededme algunos instantes y mi negro que está aquí os traerá su retrato; es mi mujer; si la matais me matareis con ella. ¿Qué se necesita para probaros la verdad de lo que os digo? Ved que no tiembla mi voz si mi mano tiembla, si mis rodillas flaquean. Yo solo soy culpable; yo la habia abandonado; ahora vuelvo á encontrarla; es preciso que obtenga de V. E. su perdon.

Mirad señor duque, cual abrazo vuestros piés, vuestras rodillas; libertadla.

El pintor se habia arrojado á los piés del inflexible duque de Alba á quien mejor hubiese sepultado su daga en el corazon.

Mirábale el duque indeciso con aquel aire estúpido de un hombre que quiere soñar. Tan extraordinario y singular era aquel encuentro que le aterraba.

Llamando á su secretario Vargas aparte, le habló al oído algunos minutos, que dieron tiempo al negro á que volviese de la casa del pintor con el retrato.

Su vista chocó extraordinariamente y causó gran admiración al duque; empero sobre todo á Olivia que no podia volver en sí del exceso de la audacia de Moro, y no se atrevia sin duda á desmentirle viendo cuan temerariamente se habia comprometido.

El duque examinaba el retrato con glacial atencion, y hubo un momento en que el pintor le creyó dispuesto á concederle el perdon; empero bien pronto triunfó en él su sanguinario instinto y con horrible frialdad le dijo:

—¿Persistes, Moro, en pedirme la vida de esta mujer?.... ¿Prueba este retrato que sea la tuya? Es tal vez alguna cortesana que habias abandonado; se habia ido al convento sin decírtelo y la vuelves á encontrar; concibo tu sorpresa. Ha insultado á tu amo y señor; á tu señor; ¿lo entiendes? Debe morir, preciso es que muera. Aquí tienes mi cadena de oro en pago de ese retrato; bien lo vale; ha costado mil ducados.

Déjame esa mujer, y vuélvete á tu casa, sobre todo piensa bien que si hablas de todo lo que has visto, á la menor palabra eres muerto. ¿Qué aguardas pues? Vete.

A este tiempo el duque arrojó su cadena al cuello del pintor; éste la cogió entre sus manos y retorció los eslabones de ella con una rabia imposible de describir.

Los agentes del duque iban ya á poner sus manos sobre la condesa de Aremburg, cuando el pintor fuera de sí y desafiando al duque gritó:

—Señor, gracias mil, por vuestra ducal cadena; yo se la daré al verdugo, que hará caer bajo su cuchilla esta mano, pronta á secarse, antes que volver á manejar los pinceles para el duque de Alba. Desde hoy, ya Antonio Moro no es vuestro pintor. Rehuso servir á semejante amo y dejaré á otro su cuadro de la Resurrección, en donde el vencedor de Mulberg, debia figurar á caballo. Quede vucencia con Dios; yo no le pertenezco. Voy á borrar la imagen de un hombre que ha preferido satisfacer su resentimiento y su cólera á la equidad; la imagen de un hombre que ha combatido á los franceses en Italia y humillado las águilas del Austria. Me vuelvo á Roma, en donde el papa Paulo IV me recibirá y dará acogida. Iré á decir á aquel venerable pontífice lo que habeis hecho con una católica, con una hija de la Iglesia, mas piadosa aun que vucencia. Vais á hacermoscoltar por el verdugo; ¡yo tambien lo espero!

—No se hará eso; ¡vive Dios! dijo entonces con un tono repentinamente calmado el duque de Alba; no se hará eso, mi pintor..... mi único pintor; quiero que veas hasta donde

llega la clemencia del duque de Alba. Marcha con esa mujer, marcha con ella; empero que sepa que á ti solo debe la vida.... dentro de ocho dias iré á mirarme yo mismo en mi cuadro. Piénsalo bien; mañana, ya te lo he dicho, las compañeras de esta mujer enseñarán á los rebeldes á donde conduce la resistencia á mi voluntad. Toma este papel, es un salvoconducto para ti y para ella.

Escribió el duque unas cuantas líneas sobre un papel y con un gesto imperioso indicó al pintor su camino.

VI.

Con el socorro de su negro, el pintor Antonio Moro llevóse consigo á Olivia y se dirigió hacia una taberna del muelle, en donde esperaba encontrar algunos marineros que le indicasen el primer buque que debía hacerse á la vela para Italia.

Quería huir con Olivia; quería abandonar á aquella ciudad en donde creía siempre oír tras de sí siniestros pasos.

No encontró ningún marinero delante de la taberna, á pesar de que era ya casi el amanecer; pero en cambio dos ó tres hombres que se paseaban por allí y en los que no fijó la atención, porque la pobre Olivia apenas podía sostenerse en pie, y sin el apoyo del pintor hubiera caído en tierra.

Llamó á la puerta de la taberna; salió una criada y pidió un cuarto, y al ver del brazo del caballero que llamaba, á una mujer que parecía de condicion elevada, ayudó á transportarla á una habitación de la casa.

Olivia abrió sus grandes y rasgados ojos al verse dentro de aquella estancia, y examinó con mirar estúpido el sitio en donde se hallaba. Despues cuando fijó su vista sobre el pintor se ruborizó. Nada había igual al éxtasis y al orgullo del pintor que acababa de salvar á Olivia, y esperando á que pudiese hablar, llenábala de los nombres y de las caricias más tiernas.

—Sí, dijo ésta bien pronto, inclinando su rostro conmovido sobre el del pintor. Sois el único que amaba, mi querido Moro, cuando no era mas que la hija del conde Campana, ¿por qué mi padre, continuó tristemente, ha querido que fuese la condesa de AreMBERG? No sabeis, no podeis saber á que hombre se unió mi suerte por toda mi vida; básteos saber que aborrezco á ese hombre, y que sois vos solo á quien ha conservado cariño mi corazón. Sí, á tí, Moro; á tí solo; á tí, de quien quería huir; á tí que me creías muerta; mientras vivía solitaria y recogida en la sombra de un claustro. La esperanza de volvernos á encontrar libres un día, me inspiró la estratagema de pasar por muerta. ¿Qué me importaba á mí la confiscación de mis bienes y los del conde mi marido?

El único nombre de condesa de AreMBERG me señalaba bastante, á la tiranía del duque de Alba. He hecho creer en mi muerte, y la noche misma en que acababa de verificarse mi entierro con toda la pompa de que has sido testigo era para confundirme entre las beatas de esta ciudad. La mujer que te entregó un billete en la nave de la catedral, era yo; yo quería hacerte saber que no habías amado á una ingrata en la triste Olivia. Ayer todavía y cuando el duque te vino á buscar yo me disponía á cantar tras de la reja un canto religioso que tanto te gustaba en otro tiempo cuando yo no era mas que una niña. Ahora ¿qué tengo que decirte? Que mas prefería yo la tiranía del duque de Alba, que la de mi esposo, que temblaba á cada instante de volverle á ver avisado por los amigos que conserva en esta ciudad de mi

flingida muerte, que miraría como un atominable artificio. Sábelo, Moro; el conde de AreMBERG es un hombre cuyo amor me repugna; el conde de AreMBERG no me ama; pero quisiera ver arrastrarme á sus pies; me ha recibido de manos de mi padre como un juguete inventado para satisfacer sus caprichos. A los ojos de éste hombre no soy una mujer, sino una esclava; me ha arrastrado tras sí hace quince años forzándome á presenciar el asqueroso espectáculo de su vida de disolución y de muerte, de que se avergonzaría el mas libertino caballero.

En este momento no puede volver á Amberes, porque se lo impide el decreto del duque de Alba; pero de cerca ó de lejos, es siempre mi ángel fatal; le pertenezco y tal es mi suerte. Mas hubiera querido subir esta mañana al cadalso que volver á caer bajo su poder.

—¿Olvidas, Olivia, que te hallas libre de él, que has muerto para siempre para ese hombre? la dijo el pintor. No llevas ya mas que un nombre, el de Olivia; nombre de amor y de belleza, sobre el cual mis ojos han permanecido fijos cual sobre una estrella! Dentro de una hora á lo mas tardar, sacudimos nuestras alas y abandonamos este país, donde se resbalan los pies con la sangre derramada. Olivia, ¿eres tú la que has escrito aquel billete que no he apartado de mi pecho? ¿Eres tú, noble corazón, la que me has permanecido fiel? ¡Oh! mi vida entera te pertenece. No temas mas, Olivia, á ese hombre. No obedecerás ya mas, mandar's, Olivia; serás mi alegría y mi alma!...

Al decir esto la estrechaba palpitante entre sus brazos. La condesa de AreMBERG miraba con inquietud por la ventana de la habitación. Un círculo formado por los marineros, que reunidos causaban un confuso murmullo, llamó su atención.

Asomóse á la ventana el pintor, y creyó reconocer en el traje á uno de los capitanes cuyo buque se hallaba en la rada. Fumaba éste pacíficamente con su pipa de espuma de mar de Venecia, apoyado en un guardacanton inmediato á la taberna, cuando bajó el pintor y le preguntó si quería tomar á bordo en su buque á dos viajeros.

—Se equivoca su merced, le contestó aquel hombre; yo no soy capitán de barco. Pertenezco á una clase muy honrada, en italiano *bravos*. Dentro de tres minutos, vereis si gustais á mi amo el conde de AreMBERG; un señor que acaba de someterse al duque de Alba. Me ha dicho que le aguarde, y ya ve su merced que le estoy aguardando.

VII.

Un extraño terror corrió por las venas del pintor al oír semejantes palabras; apenas tuvo fuerzas para volver apresuradamente á la taberna donde había dejado á Olivia, empero al penetrar por su puerta, halló en el umbral al conde de AreMBERG con la espada en la mano.

—En guardia, le dijo, mientras hacía á sus bravos un gesto, que demasiado comprendió el pintor.

Púsose Antonio Moro en guardia con la prontitud que causa la desesperación, y de la primera estocada derribó en el suelo al conde.

Sin perder un instante, y por haber cerrado la puerta los bravos, subió como un gato salvaje por las rejas al piso principal.

La estancia se hallaba vacía; pero la condesa de AreMBERG acababa de ser sofocada con las almohadas de su misma cama, y muchas moradas salpicaban sus hombros y su cuello.

—¡Estoy vengado! gritó desde fuera la voz del conde, que se hallaba con el estertor de la agonía....

Al salir á la calle el pintor á buscar á su verdugo, y para perseguir á los bravos que habian tomado la huida, un caballero que pasaba en aquel momento montado en un fogoso caballo andalúz, se detuvo delante de él, y murmuró á su oído estas palabras:

—Moro, me has engañado; querias huir de Amberes, y el cielo te castiga.

Y despues, volviéndose á los hombres que le seguian, añadió:

—Recoged ese cadáver, y arrojadlo en el Escalda ó en un muladar, porque es el cuerpo de un cobarde y de un traidor, y jamás hubiera querido semejante hombre en mi partido. Vamos, ¡obedeced al duque de Alba!

Apeóse de su soberbio corcel y entró con el pintor en la taberna procurando consolarle en su terrible desgracia.

Por órden suya, el cuerpo de la condesa de Aremborg, fué recogido y enterrado aquella misma noche en el mausoleo de su familia.

VIII.

Antonio Moro se dedicó en medio de su dolor y por complacer al duque de Alba á concluir su famoso cuadro de la Resurreccion, en donde aun se admira el retrato del severo é inflexible gobernador de Flandes á caballo.

La tristeza y una fiebre lenta, minaron su existencia. Apenas habia transcurrido un año, cuando murió el artista. Tenia entonces cincuenta y seis años; pues habia nacido en Utrech en el año 1512, y murió en Bruselas en el de 1568.

El duque de Alba continuó gobernando los Países-Bajos, desplegando en ellos su bárbara crueldad. Seis años habia durado su dominacion, hasta que quebrantado en su salud, hizo dimision de su gobierno. El mismo se jactaba de haber hecho perecer durante aquellos seis años por mano del verdugo diez y ocho mil herejes; además del inmenso número que habia muerto en los campos de batalla y en las ciudades tomadas por la fuerza.

El gobierno del duque de Alba fué una gran calamidad para los Países-Bajos; fué una de las causas que ocasionaron la separacion de aquellos estados de la corona de España, y el nombre de éste general, aun despues de dos siglos y medio, se oye con horror en aquellos países.

Fuó nombrado para reemplazar al inflexible y severo duque de Alba, don Luis de Requesens, hombre afable y conciliador; cuyos primeros actos fueron reprimir la licencia de los soldados españoles, y arrancar los trofeos que su antecesor habia levantado para insultar á un pueblo vencido.

Hizo quitar la estatua del duque de Alba, que éste general orgulloso, habia colocado sobre la fortaleza de Amberes, y borró las inscripciones que podian herir las susceptibilidades de una nacion amante de su independencia y libertad.

De todos los monumentos que el gran duque de Alba se levantó á si mismo en los Países-Bajos para perpetuar la memoria de su ominoso mando, solo ha quedado su retrato á caballo, hecho por Antonio Moro, y que figura en su magnífico cuadro de la Resurreccion, que aun admira el viajero bajo la forma de un candillo romano, en un riquísimo altar en la iglesia del convento de los padres jesuitas.

EL CONDE DE FABRAQUER.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

ATOCHA.

LA VIRGEN.—SU TRADICION.—SU ANTIQUISIMO SANTUARIO.

I.

Madrid, la antigua Mantua que precedió en mas de dos siglos en su fundacion á Roma, existió desde los primeros tiempos de la poblacion de España á muy pocos años del diluvio universal.

Es una de las poblaciones mas antiguas del mundo, contando hoy de existencia cuatro mil treinta y un años.

Fuó tambien de los primeros pueblos que abrazaron la fé de Jesucristo. En ella se alzaron ya en el primer siglo de la Iglesia, templos á la Virgen Maria, como el de la Almudena y el de Atocha.

De esta última Santísima imágen, una de las mas célebres del mundo, conocida bajo los tres nombres de la virgen *Theotoca*, de *Antioquia* y de los *Atochaes* ó de *Atocha* segun el diverso origen que cada cual le designa, se han escrito muchos volúmenes para consignar sus tradiciones.

Theotoca llaman á esta imágen los que siguen la tradicion de que despues del concilio de Efeso en que se condenó la herejia de Nestorio, que osó impio atacar la maternidad divina de Maria, se fabricó una imágen de ésta, en que se grabó en la materia de que fué formada la palabra griega *theolocos*, que significa madre de Dios, ó *Deipara*, y que fué enviada por San Cirilo Alejandrino á los habitantes de Madrid, verdaderos católicos, y que con gran júbilo habian recibido las decisiones del concilio.

Mas probable y en mas sólidos fundamentos se apoya la tradicion de que esta antigua y milagrosa imágen, es obra de San Lucas y de Nicodemus y colorida por San Lucas, traída de Antioquia por el mismo principe de los apóstoles, el cual, segun diversos escritores antiguos y modernos, vino á España, ó por alguno de sus discípulos enviados por el apóstol á evangelizarla.

Cuentan éstos, que llegando los discípulos de San Pedro con esta santa imágen á Toledo, se dirigieron á Madrid, labraron una pequeña ermita en el sitio en que se llamaba la Vega, colocándola en ella.

No está bien averiguado el punto preciso que ocupó le primitiva ermita.

Allí permaneció durante la dominacion romana.

Cuando los godos invadieron la España, aquellos bárbaros que destruyeron la brillante civilizacion de Roma, doblaron sus indomables frentes ante el cristianismo, y fueron sumisos hijos de Maria. Así el templo de la Virgen de Madrid fué muy visitado varias veces por San Ildefonso, arzobispo de Toledo, el piadoso rey Recesvinto y alguno de sus sucesores, hasta la destruccion del imperio godo en tiempo del rey don Rodrigo.

La venganza del conde don Julian abrió las puertas de la Península á los árabes, que pasando la distancia que separa á Calpe de Algeciras, cayeron sobre la España ansiosa de gozar su suelo férax y de su sol, menos ardiente que el de Africa, que devora las plantas y los hombres.

Semejantes en su triunfante carrera á un torrente devastador, sometieron sus provincias, unas por la fuerza de las armas, otras por medio de capitulaciones, y asentaron en ellas los cimientos de un imperio que debia de resistir á siete siglos de incesante lucha.

Madrid, que ya en aquellos tiempos debía de ser no despreciable fortaleza, se entregó á los árabes por medio de una honrosa capitulación, obteniendo sus habitantes por uno de sus artículos la conservación de las iglesias de San Martín y San Ginés dentro de la población, y fuera la de las ermitas de Santa Cruz, hoy una de las parroquias del centro de la capital, y la de Nuestra Señora de Atocha, situada en el mismo lugar que hoy ocupa su templo.

A los españoles que se sometían á los árabes y obtenían las ventajas de conservar su religión viviendo entre los árabes, se les llamó *mixtiárabes*, y por corrupción *mozárabes*.

Es, pues, un hecho incuestionable, que ya en Madrid de muchos siglos antes á la invasión de los sarracenos se veneraba esta milagrosa imagen, cualquiera que fuese su origen, ó bien de Antioquia ó Theotoca, según la varia tradición.

El nombre de Virgen de Atocha, que ha prevalecido sobre los demás, y que es el que conserva hoy, es debido á su desaparición de la primitiva ermita durante la ocupación de los sarracenos, y á su hallazgo en un prado en que se criaba la yerba llamada *tocha* ó *atocha*, por un noble caballero, Gracian Ramírez, á cuya aparición va unida una maravillosa y poética tradición.

El caballero Gracian Ramírez, gran devoto de la Virgen de Antioquia, para poder visitar mas libremente su ermita, se había salido de Madrid, y fijado su residencia en una pequeña población en las orillas del Jarama, llamada Rivas, donde poseía grandes terrenos.

Cuatro años habían transcurrido apenas desde que los moros se habían apoderado de Madrid, cuando un día, viniendo desde Rivas el piadoso caballero á continuar sus santas devociones, entró en la ermita y vió que faltaba la milagrosa imagen del altar en que la había colocado la piedad de los fieles. Apenado, recorre el campo inmediato en busca de su perdido tesoro, y al cabo de dos días el atribulado caballero descubre la santa imagen metida entre unas yerbas llamadas *tochas* ó *atochas*, en una cuesta que domina la vega del Manzanares.

Creando en su piadosa fé que en aquel punto quería morar la Reina de las Angeles, ofreció edificarle allí una ermita, y como era hombre opulento y podía disponer de los medios necesarios, dió principio inmediatamente á su empresa. Ofreciéronse voluntariamente entre los cristianos obreros para levantar el edificio. Estaba éste casi concluido, activando su terminación la presencia del piadoso caballero, que se había trasladado á él con su mujer y sus dos hijas.

Alármase los árabes al ver la nueva iglesia, que temen sea una fortaleza para proteger una insurrección de los cristianos, y resuelven la destrucción del edificio, donde se hallaba ya colocada la santa imagen.

Salen de Madrid los árabes y con horrenda gritaría se dirigen á atacar la ermita. Resuelven defenderse los cristianos, y convirtiéndose los obreros en soldados, determinan combatir y perecer todos antes de que la imagen sagrada de María caiga en poder de los infieles.

Gracian cree imposible la defensa, teme que los vencedores ultrajen el honor de su mujer y de sus dos hijas, y el acero del esposo y del padre corta aquellas vidas, para él tan preciosas, antes de que lo hagan sus enemigos después de mancillarlas. Las víctimas tienden voluntariamente á la espada su cuello, y el pundonoroso Gracian Ramírez sale á combatir los enemigos con la ardiente fé del cristiano, con la desesperación del esposo y del padre.

Rechaza el ataque su pequeña hueste, persiguielos hasta Madrid, se le unen animosos otros cristianos y arrojan de Madrid á los árabes.

A su vuelta vencedor á la ermita de María, ésta recompensa su fé y su valor con un gran prodigio, el de que hallase vivas á su mujer y sus hijas, si bien conservando en sus cuellos la sangrienta huella de la herida paternal.

Este maravilloso y poético suceso ha inspirado á grandes ingenios, historiadores y poetas, que con vario criterio nos han transmitido esta tradición, especialmente el célebre Lope de Vega.

Esta primera reconquista de Madrid, que se coloca en el año de 720, no se halla en las antiguas crónicas, la cuenta solo la tradición, que refiere que después Gracian devolvió la villa á los árabes, asegurando por una capitulación de los cristianos el libre culto de la Virgen de Atocha en su nueva ermita.

Las reconquistas de Madrid, á quien los árabes llaman *Magerit*, y fortificaron como el antemural de Toledo, la espléndida corte de los califas, fueron la de don Ramiro II de León en el año 933, la de Fernando I el Magno en 1047 y la del rey don Alonso VI en 1085: conquista definitiva preludio de la de Toledo, y en la que el vencedor colocó el pendón real con que ganó á Madrid y el de los árabes ante el altar de la Virgen de Atocha, con una lápida conmemorativa de tan gran suceso.

Libre Madrid se aumenta el culto de la Virgen de Atocha, no interrumpido aun bajo la dominación de los hijos del Islam.

A medida que las armas de Castilla adelantan en la reconquista, llevan á las provincias rescatadas la devoción de la Virgen de Atocha, y de todas ellas afluyen á Madrid en devota romería multitud de peregrinos, que hacen necesario labrar para albergarles un hospital.

Encargóse el culto de la Virgen de Atocha á una congregación de capellanes; empero aumentada su fábrica y creciendo en posesiones y rentas por la liberalidad de los fieles en el año de 1163, el 11 de marzo, el rey Alfonso VIII hizo donación de la iglesia de Atocha cerca de Madrid con todas sus posesiones, al prior y canónigos reglares de San Agustín de Santa Leocadia de la Vega de Toledo, que erigió en abadía, viniendo los canónigos á asistir en Madrid al culto de la Virgen.

Don Alonso el Sabio obtuvo del papa Bonifacio VIII que la abadía de Santa Leocadia, ó mas bien de Atocha, fuese una de las primeras dignidades de la santa iglesia primada de Toledo.

Así continuó con espléndido culto el santuario de Atocha, al que no solo los hombres del pueblo acudían á adorar la santa imagen de María, sino que desde los tiempos mas antiguos los reyes, las reinas, los personajes mas ilustres de España y de otras naciones, vinieron en peregrinación.

Dos siglos costó al tiempo la construcción de este convento, monumento de la piedad del César, no terminándose hasta el XVIII, y habiendo contribuido todos los reyes sus sucesores, á su engrandecimiento dejando consignado en él su celo y devoción á María.

II.

En tiempo de Carlos V se levantó la iglesia, de fria y sencilla arquitectura, porque el arte se hallaba en un estado de transición en que despojado de la gala y riqueza del gusto plateresco, no tenía todavía la majestuosa senci-

llez, y la elegante severidad que el genio de Herrera imprimió á las obras del reinado de Felipe II.

En 1588 este piadoso y severo monarca hace labrar la capilla de la Santa Virgen sobre el mismo terreno donde se alzaba desde tiempo inmemorial la primera ermita: doblemente agradecido á los favores que habia recibido de la Santísima Virgen en la persona de su hijo el principe de Asturias, y en la suya propia cuando yacia enfermo en Badajoz sin esperanza de vida, al ir á tomar posesion de la corona de Portugal que acababa de agregar á la inmensa monarquía española, atacado del *catarro*, esa terrible epidemia que en 1580 despobló la España y cuyo nombre en negras páginas ha conservado la historia de las públicas calamidades.

Entonces fué cuando por la vez primera despues de muchos siglos se sacó en pública rogativa por Madrid la santa imagen de Atocha.

El religioso y devoto Felipe III se reservó el patronato de la santa imagen en 10 de octubre de 1602. Admite la renuncia que hacen en él los frailes dominicos de sus derechos, los favorece con mano pródiga, establece una capilla real y ordena se cante una solemne salve todos los domingos.

Felipe IV agrega á su patrimonio real el convento de Atocha, que por escritura de 14 de junio de 1648 le donan los religiosos, pone fuera, y dentro del edificio las armas reales como en las posesiones de su propiedad, y desde entonces este santuario es sostenido y mantenido constantemente por la casa real. Con aquella magnificencia propia de su carácter y que tanto impulso dió á las artes y á las letras en su reinado, hizo ampliar la capilla de la Virgen, cuya cúpula y paredes cubrió de admirables frescos el inteligente é inspirado pincel de los celebres Herrera el Mozo, y Jordan.

Al espirar la poderosa monarquía austriaca, Carlos II su infeliz último vástago, se muestra celosísimo protector del santuario de Atocha. En la capilla de la Virgen en el año de 1700; mas de una vez recibe los exorcismos y conjuros de la Iglesia por el inquisidor general Rocaberti, y el capuchino fray Mauro Tenda, traído espresamente de Alemania, cuando abusando de sus padecimientos fisicos, una intriga horrenda que se negaria á creer el mundo, si la severidad de la historia no lo comprobase, le hacia creer que se hallaba hechizado.

Levántase una nueva dinastía y su fundador Felipe V y sus sucesores, heredan del Austria la devocion á la Virgen de Atocha, al par que la corona. Apenas consolida su trono hace construir Felipe V el camarín de la Virgen, obra costosa, empero de escaso mérito arquitectónico, compuesto de varias naves cerradas y muchas capulitas, pero riquísimo y notable por sus pinturas y alhajas.

Fernando VI, Carlos III y Carlos IV, no desmienten la devocion de sus progenitores augustos y asisten todos los domingos á la solemne y tradicional salve instituida por Felipe III.

Fernando VII traslada esta salve á los sábados, durando hasta el dia esta variacion. Fernando VII ha sido el rey mas celoso por el culto de la Virgen de Atocha y el más grande protector de su santuario.

Cuando en 19 de marzo de 1808 un movimiento popular arranca la abdicacion á su padre Carlos IV en Aranjuez, y lo coloca en el trono, su primer visita antes de entrar como rey en su palacio de Madrid, fué al templo de Atocha. Cuando una errada política le hace marchar á Bayona dejando al imperioso é irresistible llamamiento de Napo-

leon I, Fernando encomienda sus reinos á la Virgen de Atocha, cuya Santa imagen abraza, adornándola con el toison de oro y la banda de Carlos III que cruzaba su pecho.

Cuando despues de siete años de gloriosas campañas en que España levantada en masa derrota al vencedor de las coaliciones europeas, vuelve en 1814 libre á subir al trono, al llegar á su capital fué á visitar la Virgen de su predileccion.

Su templo no existia. Habia desaparecido durante la dominacion francesa. Un incendio lo habia destruido, y lo que las llamas habian perdonado, lo habian degradado los invasores convirtiendo la iglesia en caballeriza y los ruinosos claustros en cuartel.

La imagen se habia depositado en la iglesia de frailes dominicos de Santo Tomás.

Fernando, reconstruye el antiguo templo; con mano pródiga enriquece con crecidos arbitrios la fábrica del santuario, y traslada á él la sagrada imagen triunfalmente, acompañándola á pié rodeado de los infantes y seguido de su espléndida corte.

III.

Esta es la iglesia que se ostenta hoy al final de uno de los mas hermosos y concurridos paseos de la capital, pequeño y pobre recuerdo de lo que fué, á pesar de que conserva su antigua arquitectura y fisonomía.

La portada de la iglesia, que nada tiene de notable, los arcos del patio que la precede, y las verjas de hierro son las mismas del tiempo de la dinastía austriaca.

El altar mayor de la iglesia, es obra del hábil arquitecto don Isidro Velazquez.

Consiste en un nicho de planta circular en cuyo centro se eleva el trono de la antiquísima imagen, decorando este nicho excelentes pinturas al fresco.

Esta santa imagen es de bulto, aparece como de vara y media de altura, aunque ésta no es mas que de tres cuartas, pero con la magnífica peana, y lo largo de los vestidos presenta este aspecto. Está sentada en una silla, pero con la túnica y mantos desaparece esta postura. Tiene un niño al lado izquierdo al que ofrece con la mano derecha un libro y una manzana. Su color y el del niño es enteramente moreno. Sus ojos vivos, rasgados y brillantes. Es de una madera desconocida en que la carcoma y la polilla, á pesar de tantos siglos, no han causado la menor mella.

La silla en que está sentada y que no se ve, pues la Virgen, por el modo de vestirla aparece de pié, tiene al lado izquierdo una cifra compuesta de caracteres griegos, y cuyo sentido no se ha llegado á comprender, siendo un verdadero geroglífico.

Al uno y otro lado del crucero de la iglesia están las tribunas reales que sostienen unas columnas dóricas, y bajo los medios puntos de la prolongada nave hay seis elegantes y simétricos retablos con excelentes cuadros de Jordan y de Bayeu.

De las cornisas del templo están pendientes los gloriosos estandartes de los antiguos tercios castellanos, y las victoriosas banderas de la guerra de la Independencia, el morado pendon de Castilla, y las banderas ganadas en la última guerra de Marruecos.

Solo existe de la antigua iglesia, sirviendo hoy de sacristía, la antecámara y el camarín de Felipe V., cuya bóveda pintada por Ricci y por Carreño es el único resto de tantas bellezas artísticas como allí se atesoraban.

La augusta viuda de Fernando VII, doña María Cristina, entra á regir la gobernacion del Estado, en nombre de su hija doña Isabel II, y no solo dota de ricos presentes el santuario, lo adorna con muchas y costosas lámparas de plata, sino que asegura de un modo permanente su conservacion.

Isabel II, á su mayor edad, sigue los ejemplos piadosos de sus padres. Asiste todos los sábados á la salve y al marchar y regresar de sus expediciones y viajes visita á la santa imagen antes de entrar en su palacio.

Cuando el 2 de febrero de 1852, el puñal de un regicida hiere su pecho al prepararse á ir al templo de Atocha para presentar su escelsa hija la infanta Isabel, princesa de Asturias entonces, agradecida á la proteccion de Maria que casi milagrosamente la salva, apenas recobra su salud, con su tuosa pompa ofrece sobre el altar el manto, el vestido, la corona real de brillantes y las riquísimas alhajas que llevaba el dia en que fué herida, ofrenda de riquísima valia y muy superior á las que hasta entonces habian hecho los reyes de España.

Riquísimo es el tesoro del santuario de Atocha, formado por la devocion de los reyes, la generosidad de los príncipes y la gratitud de los pueblos.

No es menos rico el tesoro espiritual que posee este santuario, declarado por el papa Pío IX en 23 de noviembre de 1863 basílica igual á la de San Pedro y San Juan de Letran, cabeza y madre de todas las iglesias de la cristiandad. Inocencio VI, Alejandro VII, Pío V, Gregorio XIII, Clemente VIII y Pío VII, han derramado á manos llenas las indulgencias y gracias de la Iglesia sobre los que visiten este santuario.

Infinitos son los monumentos de la gratitud de los fieles acumulados en el santo templo. Cuadros y lápidas atestiguan los prodigios de Maria en todos tiempos. Todos los dias, altos personajes é individuos humildes del pueblo, entran descalzos y de rodillas en el templo, á llevar al pié del altar de Maria la tierna expresion de su agradecimiento por el alivio y consuelo de sus infortunios.

Este antiguo é histórico templo, levantado á la Virgen de Atocha como patrona de la villa y corte de Madrid, hubiera como tantos otros templos alzados por la piedad de nuestros padres, caído al suelo, si cuando Madrid, en 1837, apenas podia respirar sofocado por el polvo de los conventos que derribaba el martillo de la revolucion, no hubiera sido para salvarse de la destruccion, convertido en un cuartel de inválidos, por una ley propuesta á las Cortes del reino por la reina gobernadora, y sancionada por la misma el 6 de noviembre de 1837.

Entonces la Virgen de Atocha, que á la supresion de las órdenes religiosas habia sido trasladada á la iglesia de Santo Tomás, tornó otra vez triunfalmente á su antiguo templo, parroquia hoy del cuartel de los inválidos, y bajo cuyas losas descansan en paz los generales Castaños, Palafox y Villacampa, en quienes se personifican las imperecederas glorias de la guerra de la Independencia.

EL CONDE DE FABRAQUER.

EL BAROMETRO DE LA INFANCIA.

No hay cielo sin nubes, ni corazon que descanse. Esto mismo debia pensar el dibujante filósofo que diseñó el grabado que ofrecemos á nuestros suscritores. ¡Pobres in-

ños! ni vuestra inocencia, ni el candor de vuestras almas, ni vuestra debilidad que os hacen tan inofensivos, os ponen á cubierto de los azares anexos á la triste condicion humana. En prueba de lo dicho, estudiemos un poco las escenas que tenemos á la vista.

¡Qué lindas piezas deben ser los dos perillanes que desde luego se nos presentan! Elisita y Emilio; me parece estarlos viendo al natural. Los han encerrado á solas con los libros. A ella con las Fábulas de Samaniego, á él con la terrible aritmética de Cortazar. Pero, trabajo inútil. Estraño mucho cómo Emilio no ha convertido ya en pájaras su cuaderno, y si Elisa encontrase á mano unas tijeras, saldria de la reclusion con muy lindos recortes de papel, y la cabeza bien poco acalorada por el estudio. No es decir esto que algun momento no apliquen su atencion á las lecciones; el tiempo está *vario* por necesidad, pues, los maestros son inexorables, y el dia de mañana llegará pronto. Mas, ¡oh suerte feliz! la puerta se abre.—Niños, salid á la sala, que ha venido doña Gertrudis con su hija Pepita, y quiere daros un beso.—Sí, sí, al instante, esclaman saltando con alegría; corramos, allá.—¡Qué buena es Pepita! ¡Cómo los abraza y acaricia! Ya no se piensa en *a* mas *b* igual á *x*, ni en *La Cigarra y la Hormiga*. ¡Qué buen tiempo disfrutan!

¡Inocentes! no será de larga duracion. Quien goza el único *buen tiempo* fijo posible, es vuestro hermanito Pablo, que duerme dulcemente, mientras vosotros travesais hasta las once de la noche, temiendo el momento en que vuestra mamá os pida cuenta de la bulliciosa alegría á que os habeis abandonado.

Con efecto, Elisa, en uno de sus juegos, habia tropezado en un velador, y roto una lámpara de loza. Durante la visita, y aun el trascurso de la noche nada se la dijo, pero, al amanecer del dia siguiente, en lugar de servirla el desayuno fué condenada á pasar la mañana en un cuarto desmantelado y oscuro, con solo un pedazo de pan. Estamos en el *tiempo muy seco*.

En cuanto á Emilio, marcharon los acontecimientos de muy diferente manera. El niño encargado por el profesor de matemáticas de repasarle la leccion, tuvo que ponerle nota de desaplicado, y de consiguiente sufrió el castigo merecido. Esto exaltó su bilis, en términos que, por la noche, en que acostumbraba reunirse su familia con la de su pequeño instructor, entró á buscarle á su cuarto, y con el ademán que usaria el Cid retando á los habitantes de Zamora, le dijo sin dar lugar á mas:—Vengo á decirte que eres un soplón, un fuelle; sí, acusan de Barrabás, en el infierno lo verás.—¿Yo acusan?—Sí, y farolero, y.....—Una sonora bofetada fué la contestacion de su adversario, seguida de un diluvio de mútuos cachetes y torniscones. Al principio de la lucha establecieron entrambos combatientes, algunas condiciones, á modo de los antiguos paladines, por ejemplo: no arañar, ni morder, ni tirarse del pelo; mas una vez comenzada la pelea, todo valia.

O yo perezca, ó mi enemigo caiga.

¡Cuánto encarnizamiento! ¡Parecían hombres! *Tempestad* deshecha. Hasta Sofí, perrito del contrario de Emilio, tomó parte en la contienda, desgarrando el pantalón de aquél. Por fin, atraídas por el ruido, acudieron gentes que separaron á los dos adversarios.

Encontramos despues otra pareja infantil derramando abundantes lágrimas. *Grandes lluvias*. Mucho nos ha costado averiguar el origen de tanto dolor; mas al cabo de minucio-

sas investigaciones, hemos podido descubrirla. Esas niñas tenían la mala costumbre de ser algo parlanchinas, y siguiendo su viciosa propensión, parece que soltaron en presencia de varias personas de autoridad algunas palabras inconvenientes. Tal exceso no podía dejarse sin correctivo; fueron espulsadas de las habitaciones, y mientras los demás merendaban y se divertían, ellas espiaban su falta en un patio

solitario, privadas de todo consuelo; pero como tras de la borrasca viene la calma, hélas al poco tiempo, dando alguna tregua á su profunda pena, enjugando su lloro, convertido por ende en lluvia tranquila, y haciendo firme propósito de enmendarse en lo sucesivo. Esto les valió para conseguir su perdón y no volver á experimentar semejantes contratiempos.



El barómetro de la infancia.

He tratado, queridos, niños, de daros una explicación de las alternativas de vuestra vida; ahora en vosotros consiste evitar la mayor parte de los pequeños trabajos que suelen amargarla; y, sobre todo, estad persuadidos, siguiendo el consejo de quien cuenta entre los de la edad infantil las prendas mas queridas de su alma, que, para evitar las penalidades que os aguardan en la madurez,

nada comparables á las que os atormentan ahora, no teneis mas recurso que dominar desde luego el germen de las malas pasiones, siguiendo las advertencias de vuestros padres y superiores, siempre dirigidas por el camino del bien.

DIONISIO CHAULIÉ.